



En la
confluencia
de los dos
mares:

La historia de Jezi

Sara Svirí

Los Maestros son los espías de los corazones

— 'Abdollāh ibn 'Āsim al-Antāki

*Participaremos en el misterio de las cosas
Como si fuéramos espías de Dios*

— Shakespeare, King Lear, VIII

I

La historia de Jezi es la historia de un encuentro, el encuentro entre los dos planos de la existencia en la que los buscadores viven su búsqueda mística. Es la historia sobre cómo este encuentro puede ser posible y real en la confusión del día a día. Jezi, cuyo nombre normalmente se traduce como «el Hombre verde», siempre está ahí, donde los dos planos confluyen. Está ahí,

«en la confluencia de los dos mares», el mar de la vida y el mar de la muerte, el mundo del espacio y el mundo fuera del espacio, el del tiempo y el intemporal. Jezr se nos presenta como una figura mítica en historias y leyendas, como una imagen arquetípica, más que como una persona concreta. Pero, para que podamos nosotros navegar libremente entre ambos planos, tiene que adoptar una forma *concreta* en nuestras vidas. Sea cual sea la forma que elija para revelarse, es Jezr el que hace posible el pasaje entre los dos mundos. Pero tiene primero que ser visto y reconocido. Y el mensaje que trae consigo tiene que ser entendido.

Escribí la primera versión de este artículo en Londres, en una oscura mañana de enero. Apenas se movía el aire. Delante de mis ojos se extendía una escena sin vida: hileras uniformes de tejas rojas, mojadas e inmóviles; ventanas selladas con cortinas opacas, ciegas; antenas de televisión inanimadas que se dibujaban desordenadas sobre un cielo hostil, metálico; siniestros árboles desnudos mostrando sus brazos retorcidos y sus espinosos dedos. Los pájaros habían abandonado el lugar, habían migrado a regiones más cálidas y hospitalarias. Sólo los gritos de los cuervos y algunos chillidos de gaviotas perforaban el silencio inmóvil. No se veía una hoja en esta mañana de enero, ni tampoco mucho verde. Un paisaje urbano triste e invernal. Un mundo que se había hecho viejo y estaba cansado, *'alam-e pir*, «un viejo mundo», en palabras de Hāfez, el poeta del siglo catorce de Shirāz, en Persia. Sí, el mundo se ha hecho viejo; pero Hāfez promete a continuación —y estas palabras han sido tomadas como una profecía durante todos estos siglos por los amantes de la poesía sufí— un cambio, un punto de inflexión; el mundo cambiará por completo: eclosionará la primavera y todo se volverá vivo y reverdecerá. Estas son las palabras de Hāfez:

*Pronto el aliento de la brisa del alba
esparcirá el aroma del almizcle
y el mundo envejecido será joven de nuevo.*

*Pronto el narciso guñará a la anémona
y la lila escarlata ofrecerá su copa de rubí
a la blanca azucena.*

*El ruiseñor que soportó
la pena de la separación
durante tanto tiempo,
irrumperá pronto en la cámara de la rosa
con su potente canto.*

*Si dejó la mezquita para ir a la taberna,
no me bagas reproches,
pues es largo el sermón
y pasa raudo el tiempo.*

*¡Oh corazón!, ¿quién te asegura
la felicidad de subsistir en Dios
si dejas para el día de mañana
las alegrías de hoy?*

*Es preciosa la rosa,
disfruta ahora de su compañía,
pues si llegó al jardín por un camino,
pronto se irá por otro.*

*¡Oh trovador!,
aquí está la asamblea de la intimidad,
entona el canto del amor,
¿por cuánto tiempo seguirás diciendo
"Igual que vino, así se marchará"?*

*Por Ti vino Hāfez a esta existencia,
acompañalo un poco, pues también él
pronto se marchará.*

Hāfez

Hāfez captura en estos versos el punto de transición entre el viejo mundo en decadencia y el nuevo mundo que renace. Expresa el estado transitorio tanto de lo nuevo como de lo viejo. Todo «llega por un camino y pronto se irá por otro». Pero entre lo nuevo y lo viejo hay un punto de encuentro, un lugar efímero en el que lo que ha sido confluye con lo que será. El punto de encuentro es el reino de Jezr, el verde, el escondido, el eliminador de obstáculos, el Polo espiritual intemporal.

Mientras estoy preparando esta segunda versión del artículo, la sabiduría de Hāfez se me hace presente. Estamos a mediados de abril. No estoy en Londres, sino en la costa oeste de Estados Unidos. Todo alrededor de mí es exuberante y rebosa vida. Incluso la poesía de Hāfez no

es comparable a la experiencia vívida de Chimney Rock. Pasando aquí experimento la profunda alegría, el colorido, la riqueza y lo sagrado de la Naturaleza bajo su aspecto más arrebatador. Si bien resiento también la naturaleza transitoria de todo lo que me rodea, incluso yo misma, el breve instante en que puede aprehenderse esta vivencia:

*Es preciosa la rosa,
disfruta ahora de su compañía,
pues si llegó al jardín por un camino,
pronto se irá por otro.*

La experiencia del «ahora», del momento intemporal, tan importante en la enseñanza sufí y tan diferente de todo aquello a lo que nos han condicionado, esta experiencia también pertenece al reino de Jezr.

El nombre Jezr es árabe y proviene de fuentes musulmanas. Pero la figura del poseedor del secreto de la inmortalidad se halla, bajo distintos nombres y formas, en algunos de los relatos más antiguos de la humanidad. Cuando Gilgamesh, el gran héroe de la antigua Mesopotamia, descubrió que todo ser viviente debe morir, decidió buscar al anciano sabio de su tiempo, Utnapishtim, que vivía en la desembocadura de los ríos (*ina pi narati*) en una isla del Mar de la Muerte, para aprender de él el secreto de la inmortalidad.¹

De forma similar, aunque con nombres y protagonistas diferentes, un pasaje famoso y enigmático del Qorán (18,60-82) nos explica cómo Moisés, el gran profeta y legislador de los Hijos de Israel, sale en busca de la fuente del conocimiento divino (Arberry 1964, pp. 295-98). Moisés se compromete a buscar a un hombre misterioso, de nombre desconocido, al que Dios había otorgado Su conocimiento divino (*al-'elm al-ladanni*). Este conocimiento es superior al conocimiento y a la sabiduría dados a Moisés. De acuerdo con los comentaristas musulmanes, este hombre desconocido, al que el Qorán describe simplemente como *uno de Nuestros servidores al que habíamos otorgado Nuestra misericordia y [al que] habíamos enseñado el conocimiento*

procedente de Nos (Qo 18,64) vive, al igual que Utnapishtim en la epopeya de Gilgamesh, en una verde isla de vegetación exuberante en el corazón del mar. La isla se identifica por una roca y está situada «en la confluencia de los dos mares» (*mayma' al-babra-in*). Es el lugar en el que Moisés, de acuerdo con el Qorán, se encontrará con la misteriosa figura a la que se identifica con Jezr.

La historia del Qorán sobre Moisés y Jezr se explica en una forma fragmentada y enigmática. Es obvio que la audiencia a la que iba dirigida era conocedora de sus aspectos principales. Para los lectores posteriores, han sido los comentaristas musulmanes los que han añadido muchos detalles que faltaban en la versión del Qorán. Estas son las líneas iniciales de la historia, tal como la cuenta el Qorán:

Y Moisés le dijo a su sirviente, «No cesaré hasta alcanzar la confluencia de los dos mares, aunque necesite para ello muchos años».

Entonces, cuando alcanzaron la confluencia, se olvidaron del pez y éste se escabulló en el mar.

Cuando hubieron atravesado este lugar, le dijo a su sirviente «Tráenos nuestro desayuno, porque estamos cansados por nuestro viaje».

El dijo, «¿Qué te parece? Cuando nos refugiáramos en la roca, me olvidé del pez... que volvió entonces al mar de esa forma tan asombrosa».

Dijo él: «¡Esto es lo que estábamos buscando!». Y volvieron sobre sus pasos. Encontraron entonces a uno de Nuestros servidores, al que habíamos otorgado Nuestra misericordia, y habíamos enseñado el conocimiento procedente de Nos. (18,60-65)

Hay otro signo, aparte de la roca, por el que Moisés y su sirviente son capaces de reconocer el lugar donde confluyen los dos mares: la reanimación milagrosa del pez que había preparado el sirviente para el desayuno de Moisés. Aunque el Qorán no lo dice explícitamente, es evidente que la forma en que el pez encuentra su camino de vuelta al mar está conectada con la calidad especial del agua de este extraordinario lugar: es el agua

de la vida eterna. Todo aquello que toca revive y se vuelve eternamente vivo.

Este tema aparece también en los antiguos mitos y leyendas sobre el gran rey Alejandro. Alejandro Magno dejó tal impresión en los antiguos pueblos de Oriente que durante siglos, hasta bien entrada la Edad Media, circularon leyendas sobre su personalidad y sus hazañas sobre-humanas. Según algunas leyendas, el gran Alejandro perdió la ilusión por todas sus conquistas y logros cuando contempló la naturaleza temporal de todas las cosas vivientes. Se decidió a buscar el manantial de la vida eterna. Y se embarcó en esta búsqueda con un compañero, un cocinero llamado Andreas. Después de vagar infructuosamente durante muchos años, decidieron separarse. Ocurrió que Andreas decidió hacer un alto en el camino para comer junto a un río. Abrió la bolsa en la que había guardado un pez ya cocinado. Cayeron casualmente sobre el pez unas gotas de agua y éste, inmediatamente, revivió y saltó al agua. Andreas saltó tras el pez y quedó, inadvertidamente, bendecido —o maldecido, como a veces se considera— con la inmortalidad.

En algunas versiones islámicas de las leyendas sobre Alejandro se dice que, al sumergirse en las aguas de la inmortalidad, el compañero de Alejandro se volvió verde (*jazer* en árabe), de ahí el atributo *al-jazer*, «el verde», de donde se deriva la forma coloquial *al-jezr*, que significa «el color verde» o, simplemente, «el verdor».²

Se describe a veces a Jezr como alguien que vive en los ríos y cabalga sobre los peces, por lo que se le conoce como Zol-Nun, «el que posee el pez».³ Se cree que Jezr camina sobre la tierra y, allí donde pisa, aparecen brotes verdes. Su presencia y su contacto hacen retornar las cosas a la vida. Está adornado con el poder de encontrar agua escondida en las profundidades de la tierra. Puede estar presente en muchos lugares diferentes al mismo tiempo. Se materializa bajo muchas apariencias y formas. Es el que se aparece en las situaciones desesperadas a los «apurados» y eli-

mina todos los obstáculos. Por esta razón, es el *moshkel goshá* de todos los tiempos.⁴

II

Moisés se siente movido a realizar el viaje al lugar «donde confluyen los dos mares» con la idea de encontrar al maestro que ha recibido el conocimiento directo de Dios. Se trata del conocimiento sagrado (*elmladanni*) que buscan los místicos. Hace el voto de buscar la confluencia durante todo el tiempo necesario hasta hallarla. Le ha sido revelado que sólo en este lugar misterioso tiene lugar el encuentro de los dos planos de la existencia, y sólo allí se puede transmitir el conocimiento místico.

¿Qué son los dos mares? Los comentaristas musulmanes han ofrecido numerosas interpretaciones. Algunos hicieron un gran esfuerzo por localizarlos geográficamente. Los sufíes, sin embargo, lo han interpretado como el lugar en el que se juntan el mar de la vida y el mar de la muerte, donde se unen el estado de *faná'* y el de *baqá'*. Este lugar está señalado por una roca y por el milagro de la resurrección y la transformación, simbolizado por la vuelta a la vida del pez. El pez cocinado, por su parte, representa el alma angustiada del buscador en pos del agua de la inmortalidad mística.

La roca es un símbolo de la Misericordia divina: es un refugio, una defensa, un lugar de descanso para los agotados viajeros de la Senda. Pero, hay muchas rocas a lo largo de la costa y en el mar. ¿Cómo se puede reconocer a ésta? ¿Por qué marca especial? No hay una línea clara de separación entre ambas zonas. Incluso Moisés, con toda su sabiduría y su anhelo, y a pesar de su rango especial como profeta al que Dios ha hablado «boca a boca», no reconoció el lugar cuando alcanzó el punto en el que los dos mares confluyen. ¡Cuánto más difícil será entonces para los buscadores «ordinarios»!

Pero Moisés no se abandona a la desesperación o a la autocensura; está decidido a seguir cueste lo que cueste. Y este es el verdadero mensaje de la historia. Rumi ha captado el

sentido que se halla tras la humildad y la determinación de Moisés en ir en busca del maestro místico, independientemente de su singular cercanía a Dios. Rumi transmite esta lección de la siguiente manera a todos los buscadores en su *Masnawí*:

Noble señor,
aprende de aquel que habló con Dios.
Mira lo que decía,
en su anhelo, Moisés:
«Pese a mi dignidad
y a mi función profética,
en realidad yo soy un buscador de Jezr
que renunció a sí mismo».

Y ellos le reprochaban:
«Moisés, abandonaste a tu pueblo
y has errado, anhelante,
buscando a un hombre santo.
Eres un rey,
a salvo del miedo y la esperanza;
¿durante cuánto tiempo vas a seguir
vagando, buscando, y hasta dónde?
Contigo está el que es tuyo
y eres consciente de ello.
Tú, que eres como el cielo,
¿hasta cuándo estarás
recorriendo la tierra?»
Moisés les dijo: «Basta de reproches;
no cerréis el camino del sol y de la luna.
Seguiré caminando hasta donde
confluyen los dos mares,
en busca del regazo
del que es Señor del tiempo.
Haré de Jezr un medio
para alcanzar mi Meta,
y, si no, seguiré caminando
largo tiempo en la noche.
Con alas y con plumas
volaré muchos años,
¿qué digo, muchos años?
¡No, miles de años!»

Pero aunque él dijo «seguiré»,
[en realidad] quiso decir:
«¿Acaso el viaje no merece la pena?»
«No tengáis la pasión por el Amado
en menos que el anhelo
por bienes materiales».
(Rumi, Libro III, 1964-1974)

Moisés sale entonces en busca del maestro. Y el maestro está allí, «en la confluencia de los dos», en el punto de encuentro ente el pasado y el futuro, entre la luz y la oscuridad,

entre lo transitorio y lo eterno. El viaje místico es *siempre* una búsqueda de este punto de encuentro. Este es uno de los significados profundos de la «unión de los opuestos», la *coincidencia oppositorum*. Es un viaje a un plano totalmente diferente de aquel al cual estamos acostumbrados. Y al mismo tiempo, la búsqueda no es un vuelo, no es una huida de este plano familiar, ordinario: es el encuentro entre ambos.

Para alcanzar el agua de la inmortalidad mística, que no está ubicada ni geográfica ni espacialmente, el místico, como Gilgamesh, Alejandro, Andreas, Moisés y su sirviente, deberá también acometer un viaje en el curso del cual tendrá que atravesar el Mar de la Muerte. El Mar de la Muerte es el plano de la ilusión. Cuando la consciencia y la identidad propia son prisioneras de la verbalización de las impresiones y de las percepciones sensoriales, uno se puede considerar muerto. Gilgamesh, Alejandro y Moisés se embarcaron en sus viajes porque habían comprendido que todo, en este plano de la existencia, está condenado a perecer. Los tres destacaban por sus grandes logros: no hubo un héroe en la antigua Mesopotamia más poderoso que Gilgamesh; no hubo en la antigüedad un conquistador más grande que Alejandro; no hubo en la tradición bíblica un profeta superior a Moisés. Pero los tres, aún habiendo alcanzado lo máximo que pueda conseguir un ser humano, tuvieron que admitir que sus logros eran transitorios, efímeros, sin sustancia real. En esencia, eran nulos y carentes de valor alguno y su duración, vista desde la eternidad sagrada, era menor que un grano de mostaza de medida del tiempo. Esta es la toma de consciencia que se halla tras toda búsqueda espiritual:

Todo lo que habita sobre la tierra es perecedero. Sólo subsiste eternamente la Fuz de tu Señor, el Majestuoso, el Glorioso. (Qo 55,26-27)

Este versículo coránico es el origen de *fanā' wa baqā'* (anonadamiento y subsistencia), el par de opuestos que residen en el núcleo de la percepción sufi de la realidad. Los sufíes

han utilizado estos términos para designar la etapa más elevada en la senda de la transformación interior: *fanā'* indica el anonadamiento de la identificación psicológica con el yo inferior, el ego (*nafs*); mientras que *baqā'* indica la permanencia en el Yo superior, el núcleo eterno del ser del hombre. Sin embargo, *fanā'* no se entiende como la liberación del alma del cuerpo en la otra vida, sino como la liberación en esta vida de la consciencia confinada por el ego. Es la liberación de la visión borrosa y limitada de la percepción sensorial ordinaria, de los valores convencionales, del sentido colectivo de lo correcto y de lo erróneo, de lo bueno y de lo malo. Atravesar el «Mar de la Muerte» significa seguir un largo y doloroso proceso durante el cual el egocentrismo desaparece, en el que es destruida la ilusión de omnipotencia del ego. Cuando se aparta el *nafs*, la sede de la consciencia del ego, reconociendo el lugar que le corresponde en el esquema de las cosas, puede entonces permanecer el Yo verdadero con el Amado, «majestuosamente, espléndidamente».

Nuestros tres héroes, hombres de grandes logros y gigantescos egos, se volvieron humildes cuando percibieron que todo, finalmente, perece. Iniciar el viaje es, en sí mismo, el signo de una nueva actitud, una actitud de humildad, de pobreza y de deseo de alcanzar la verdadera realización. En todo viaje espiritual se puede identificar este punto de partida. Cuando aparece el sentimiento de necesidad, de pobreza interior⁵, de ausencia de algo esencial —como el aire para respirar— y especialmente cuando surge después de una vida de éxitos, se produce un vuelco del corazón, un sincero *tobah*. Se nos dice que, tan pronto como Moisés y su sirviente Joshua ben Nun descubrieron que no habían hallado el lugar de encuentro con el maestro, inmediatamente, «volvieron sobre sus pasos». Volver a recorrer los pasos dados, reconocer nuestros errores, es un aspecto crucial en la senda. Es entonces cuando tiene lugar la verdadera transición. En términos sufíes, este estado se llama *tobah*, arrepentimiento, y es una conversión del corazón. A partir de

Jejr (derecha) y Elías (izquierda), como una imagen reflejada en un espejo, cerca de la fuente de la Vida, en la que sus peces gemelos, símbolo de sus almas, han recobrado la vida. Al pie de la imagen vemos también el caballo de Jejr y el burro de Elías, símbolos de sus cuerpos o monturas físicas, que indican además la diferencia de sus grados en la jerarquía espiritual. Miniatura persa, siglo XV. Free Gallery, Washington, EEUU.



este punto, la búsqueda mística es, en esencia, el «retorno» sobre los pasos dados, una «regresión» desde el punto de vista de la vida ordinaria.

El sentimiento de logro debe morir, a fin de que lo Sagrado pueda iluminar el corazón. El punto en que muere el *nafs* es el punto en el que renace el Yo superior. Jejr está esperando en este punto. Es a la vez el enterrador y el partero. Hace añicos las ilusiones y los engaños dando así sentido y dirección a la búsqueda del alma. Si el buscador, como hicieron Moisés, Alejandro y Gilgamesh, hace voto de continuar el viaje, aunque dure toda la vida, aunque tenga que repetir sus pasos muchas veces, encontrará entonces, en el lugar y en el momento justos, a Jejr que le guiará de morada en morada.

III

Jejr vive en una verde isla junto a la fuente del Agua de la Inmortalidad. Él es la fuerza de la vida presente tras todos los fenómenos naturales. Nada puede estar vivo sin el toque vital o la presencia de Jejr. Cuando un buscador pasa por períodos de vacío y de depresión, en medio de una desolación en la que nada parece crecer, ha perdido aparentemente el contacto con Jejr. Jejr se ha ocultado. Pero está ahí, oculto detrás de las ramas desnudas y punzantes, o en los pozos de agua vacíos. Cuando en las reuniones de amigos falta el sentimiento de intimidad y de empatía, cuando las palabras suenan vacías y sin sentido, Jejr parece estar ausente, se mantiene oculto. Cuando las cosas

se vuelven mecánicas, repetitivas, inconscientes, entonces también el velo oculta a Jejr. Pero si los compañeros se reúnen con un propósito, si hay alguna aspiración en sus vidas que les lleva a reunirse, *aquí y ahora*, y si lo que ocurre en el «aquí y ahora» tiene vitalidad, entonces lo saben: está presente la impronta de Jejr. Cuando hay brillo en la mirada, cuando Eros está en el aire, Jejr está cerca.

Pero también, cuando quedan aplastados los viejos ídolos, cuando el viajero experimenta estados de furia y de frustración, cuando no puede seguir con la rutina y rendirse a la tiranía de las circunstancias sin hacer nada, cuando ha alcanzado el punto de no retorno, cuando siente que ha llegado el momento de poner en duda lo que había dado por seguro, entonces —si ha llegado el momento

preciso— Jezr actúa. Cuando la desesperación es mayor que el miedo, es Jezr el que interviene y le presta ayuda como «eliminador de obstáculos», como *mshkel goshā*. Esta fuerza vital omnipresente le da fuerzas para cambiar la dirección de su vida errática.

En el siguiente poema, inspirado en un sueño, el Jezr interior se pierde y posteriormente se vuelve a hallar. Cuando esto sucede, él se convierte en la energía primordial, verde, del devenir y de la creatividad:

*Erase una vez un hombre,
un hombre verde,
un hombre antiguo.
Vivía desde antes de que
el tiempo existiera,
tejió la creación desde los planos verdes,
los imperecederos planos verdes
de su interior.*

*Lo perdí.
La transformación
del color verde en luz
y de la luz en verde, cesó.
No quedaba esperanza:
el futuro cesó su devenir,
perdí mi hombre de lo verde,
perdí mi hombre de la luz.*

*Soñé.
Soñé con un círculo.
Soñé que yo era un círculo,
y allí estaba yo, y él,
y muchos hombres como él,
hombres y mujeres de lo verde
trenzando dorados rayos verdes
para que fueran los cabellos de mi hija,*

*mi hija pelirroja y de ojos azules,
tan joven que apenas
podía saber ella su nombre,
tan tierna que apenas podía pronunciar
los sonidos que la habían formado,
las notas primordiales
de su devenir y del mío...*

IV

Cuando la manera misteriosa en que estamos conectados interiormente con Jezr se nos revela en un sueño, en una visión, a través de relaciones, o en una obra de arte, se vuelve evidente el significado pro-

fundo de su fuerza vital imperecedera. Es entonces cuando se esfuman misteriosamente los obstáculos que habían bloqueado el proceso de transformación.

En la tradición sufi, la conexión con Jezr llega a menudo a través de los sueños. Los sueños acerca de Jezr provienen de los recovecos más recónditos y más antiguos del alma. La presencia de Jezr en los sueños es el signo de un cambio, de un tremendo movimiento interno de la psique. He aquí un sueño de transformación interior soñado por una viajera espiritual de nuestros días:

Voy a un servicio fúnebre. Acabo de llegar y mi madre está allí, quitándose su abrigo gris plateado empapado. Me quito el abrigo y me doy cuenta de que llevo puesto un abrigo gris plateado empapado y chorreando, idéntico al de mi madre. Hay otros muchos abrigos colgados en las perchas pero no veo a nadie más. El funeral tiene lugar en una sala que parece una sala de conferencias. Cambia entonces la escena.

Algunos estamos sentados en el suelo. Estamos llamando a Jezr. Es como una ceremonia. Aparece sin forma y le pido que se materialice. Me siento atraída hacia el centro como si fuera sobre ruedas y él va saliendo de mí. No puedo verme y me siento poseída. Lo único que puedo ver de Jezr es una luz verde dorada. Lo que queda de mí es como la patata vieja cuando desentieras las nuevas.

Entonces, me despierto aterrorizada. El viento fuera sopla con fuerza aullando y trato de calmarme, pero me resulta difícil y toma tiempo. Me siento caliente como una caldera.

«El viento fuera sopla con fuerza aullando». Qué tremenda es la energía de la transformación: en el breve instante de un sueño uno muere como una vieja patata y renace nuevo. La escena inicial del sueño es la celebración de un servicio fúnebre. La soñadora y su madre son las únicas personas presentes, pero hay muchos abrigos colgados, como si hubiera otros muchos participantes invisibles en el funeral. Muchos, de hecho: la multitud de relaciones, de condicio-

nantes y de modelos que han forjado las vidas de la madre y de la hija. Se han juntado allí para ser testigos de la muerte y del entierro del lazo primario entre ambas. Este lazo que es tan esencial para nosotros cuando somos pequeños, se vuelve demasiado estrecho, demasiado limitante y agobiante cuando crecemos. La relación con la madre es la más sutil, la más obstinada y la más perdurable de todas nuestras relaciones. Antes de que la transformación colosal anunciada por Jezr pueda tener lugar, el soñador debe acabar con esta relación primordial con su madre.

En el sueño ambas, madre e hija, visten el mismo abrigo gris plateado. Ambas se quitan el abrigo. Los abrigos están empapados. Está lloviendo. La lluvia es la gracia, la lluvia transmite el influjo de Jezr; la lluvia es Jezr, el agua de la compasión que está presente en toda nueva creación.⁶ En el ritual fúnebre ambas, madre e hija, mueren y vuelven a nacer. El funeral simboliza cruzar el Mar de la Muerte.

Entonces, tiene lugar otro ritual en el subconsciente de la soñadora; un grupo de compañeros está sentado en meditación, llevando a cabo un *zekr* muy particular: invocan a Jezr. Esta no es una práctica normal de grupo. Simboliza algo profundamente específico de la soñadora. Es su modo particular de *zekr*. El grupo le invoca y él acude. Esta es la regla: «Él acude sea cual sea el nombre con el que Le llares». Jezr no tiene forma, no tiene figura, como no la tiene su enseñanza, ni ninguno de los maestros: no tienen nombre ni cara, tan sólo una luz verde dorada. Es la luz del *baqā'*, la luz de la vida eterna. Después de la noche oscura del *fanā'*, la luz verde-dorada del *baqā'*.

El sueño posee una cualidad antigua, un sentido del misterio, del más allá, que es el polo opuesto a la vida exterior. La soñadora es una buscadora sincera. La intensidad de la energía en su búsqueda es incansable, y por ello se ve atraída en su sueño hacia el centro como si fuera sobre ruedas; se desliza, *sin esfuerzo*. Después de practicar la invocación, que simboliza el empeño con que

desarrolla el proceso, se mueve sin esfuerzo hacia el centro de su ser. Y allí, *saliendo de ella*, se materializa Jezr. Buscamos al maestro por ahí afuera, pero el maestro exterior siempre nos señala hacia el maestro interior. Finalmente, lo que buscamos es el Jezr interior, y la confluencia de los dos mares es el lugar en el que convergen los dos planos en el núcleo de nuestro ser.

Una experiencia de ensoñación tan poderosa como ésta equivale a muchos años de tribulaciones en el mundo exterior. Pero el sueño no promete una vida tranquila en lo exterior. Jezr simboliza el reino de lo posible, de la oportunidad, de la potencialidad. La confluencia de los dos mares significa que, a través de los esfuerzos de una búsqueda sincera, dicho reino se hace realidad. Lo que la soñadora ha encontrado en su sueño, tendrá que vivirlo en las páginas de la nueva vida que se abre ante ella, bendecida por la gracia infundida por su Jezr interior. El terreno en el que las patatas viejas, muertas, son los únicos recuerdos del pasado, producirá una nueva cosecha.

V

A menudo, este tipo de sueños se inicia mediante la gracia de un maestro vivo en quien se perpetúa la tradición mística. Esta es otra forma en la que Jezr se revela a nosotros. El agua de la Vida que fluye de la Fuente de todo Ser se manifiesta *concretamente* en el maestro vivo. Así como Jezr es la fuerza vital arquetípica que impulsa nuestro viaje espiritual, el maestro de nuestro tiempo, vivo, es la manifestación terrenal de esta fuerza vital. Sin una conexión con un maestro, es difícil que llegue a tener lugar una transformación real. Y si sucede, puede que al cabo de un tiempo acabe peligrando. Pero cuando uno llega a tener conexión con un maestro vivo, la vida no puede continuar por los mismos derroteros. Las cosas empiezan a cambiar. Todos aquellos que se han interesado seriamente por la vida espiritual, saben esto por experiencia propia. La mayoría de las dificultades

en la senda provienen de que, aunque pedimos cambiar, no queremos realmente renunciar a nada. El maestro presenta entonces, como Jezr, dos aspectos: se presenta como un benefactor misericordioso y reparador; pero puede también aparecer como un destructor inexorable y despiadado de costumbres y de formas de pensar. Primero seduce, luego ajusta y luego resucita. Una y otra vez, en este viaje sin fin, uno vuelve a la confluencia de los dos mares, donde convergen la vida y la muerte. De acuerdo con todas las tradiciones místicas, el contacto con el maestro asegura que uno no vuelva a caer en el letargo de una existencia mecánica e inconsciente. Al igual que Jezr, el maestro es a la vez resucitador de almas muertas y destructor de imaginaciones. Como Jezr, también él se mantiene en el punto de encuentro de los opuestos.

En el prólogo de su libro *Daughter of Fire (La hija del fuego)*, Irina Tweedie describe la forma en la que su maestro la obligó a «encarar su oscuridad interior». Escribe:

Me hizo «descender a los infiernos», el drama cósmico que se desarrolla en cada alma en cuanto se atreve a levantar su cara hacia la Luz. Se realizó de una forma muy simple, mediante una reprensión violenta, agresiva incluso. Mi mente fue llevada a un estado de confusión... Fui aplastada en todos los sentidos, hasta que me vi obligada a aceptar aspectos que había estado rechazando toda mi vida... Sólo un corazón que ha dejado de existir puede resucitar, palpar al ritmo de una nueva vida.

«Tienes que morir antes de poder vivir de nuevo...»⁷ (Tweedie 1986, p. x)

El maestro, como una brújula muy precisa, siempre apunta al «norte místico». El norte simboliza la muerte. Hay algo azaroso en el norte esotérico, sin sol, como si de un agujero negro se tratara. Pero eso es como lo ve una percepción limitada, tridimensional. Visto desde la dimensión del maestro, o desde la de Jezr, ese agujero negro, el espacio vacío simbolizado por el norte, es

una vía hacia un nivel más elevado de consciencia, una puerta hacia el otro lado.

Así, el maestro apunta hacia una dirección que es, al mismo tiempo, azarosa y de buen augurio, atemorizadora y atractiva, amenazante y prometedora. En estados de meditación profunda, podemos experimentar al mismo tiempo un pavor escalofriante (*heyba*) y la dulzura de la intimidad (*ons*). Tenemos terror a dejarnos ir y estamos muy asustados por el maestro. Al mismo tiempo nos sentimos atraídos sin remisión, sin esperanza, como los marineros de Ulises, hacia el otro lado y contra nuestro deseo, para ser aniquilados en la gracia matadora del maestro.

VI

Cuanto más profundizamos en la historia de Moisés y de Jezr, más maravillosa se vuelve. Este hombre sin nombre, portador de la gracia imperecedera de Dios, se comporta de una forma inusual y detestable. Cuando tiene lugar el encuentro y Moisés halla a su maestro, queda absolutamente sorprendido pues todo lo que hace Jezr va en contra de sus convicciones más profundas y del sentido moral que Moisés encarna. ¿Quién es Moisés y qué representa? En la tradición sufi, que se nutre de la profetología islámica, Moisés es el mensajero aportador de la Ley, el rango más alto en la condición profética. Como aportador de la Ley divina, representa los valores más elevados de justicia y moralidad.

Pero el maestro aparta a Moisés de esos valores. El maestro le hace ver a Moisés que su concepción de los valores de la justicia están basados en la estrechez de vistas de los hombres y en la interpretación errónea de las apariencias. Por tres veces, Jezr actúa de un modo que deja a Moisés, y a toda persona consciente que oiga esta historia, en estado de conmoción. En primer lugar, perfora un agujero en el fondo del barco de unos pobres pescadores, por lo que no pueden salir al mar a por su pesca diaria. A continuación, van a un lugar

en el que ambos son amablemente invitados a una casa y, a la mañana siguiente, mata al hijo pequeño. En tercer lugar, llegan a un lugar en el que la gente es hostil hacia ellos y los ayuda a pesar de ello a construir una pared. Moisés no se puede contener ante estos actos; protesta y le pide explicaciones. Pero esto va en contra del acuerdo al que había llegado con Jezr.

Cuando, después de una larga búsqueda, Moisés halló finalmente a Jezr en la confluencia de los dos mares, le pidió permiso para seguirle adonde fuera. Jezr aceptó, pero con una condición, que Moisés no haría ninguna pregunta ni le exigiría ninguna explicación. Moisés aceptó esta condición pero, confrontado a los actos del maestro, no pudo mantenerse callado. (Qorán 28,65-67; Arberry 1964, pp. 296-297)

¿Cuántas veces protestó la señora Tweedie contra el comportamiento de Bhai Sahib, injusto con ella según su punto de vista? ¿Cuántas veces algo en nosotros protesta contra cosas que observamos que van contra nuestras convicciones y valores? El maestro le dirá al discípulo, a veces casi literalmente, que de día es de noche y de noche es de día, y creará deliberadamente situaciones de confusión y de perplejidad. La historia de Jezr no se debe considerar solamente en su nivel simbólico, místico. El encuentro con el maestro implica un proceso concreto de vaciamiento, de vaciamiento total, sin reservas. Es una difícil prueba de resistencia. Es también una prueba crucial de discreción.

Tweedie decía que, al principio, el discípulo tiene derecho a probar al maestro. ¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo podría el discípulo realizar una valoración congruente, al principio del camino, cuando está abandonando su capacidad de discernimiento basada en valores asumidos y no ha adquirido aún los valores del maestro? ¡Qué gran paradoja! Pero el discípulo *sabe*. Algo en el discípulo sabe. No la mente racional, que se vuelve cada vez más inútil, sino otra cosa. Cuando el corazón sabe que ese es su punto de encuentro, que

esa es su *vuelta a casa*, entonces puede dejar al maestro tomar el control y comienza para el discípulo un período de pruebas y de dificultades. Un maestro auténtico nunca actuará sin el consentimiento del discípulo.

Una de las pruebas más largas es ésta: todo lo que ocurre en relación con el maestro no es nunca lo que el discípulo espera. Del mismo modo en que Moisés tuvo que contemplar cómo Jezr cometía atrocidades sin poder pedir explicaciones, le ocurrirá al discípulo. Tiene que aprender a adquirir un nuevo punto de vista, a ver las cosas con una nueva percepción, desde una nueva perspectiva. Porque los actos de Jezr sólo *aparentemente* son malvados y arbitrarios. Detrás de ellos subyace una visión más profunda de las tres situaciones con las que se han enfrentado Jezr y Moisés. (Ibíd., Qo 79,82, pp. 297-298)

VII

En la confluencia de los opuestos, en las situaciones de vida y muerte, el maestro está presente y a la espera. En el caso de un encuentro real con el maestro, se desvanece el discernimiento entre los opuestos. La vida y la muerte dejan de estar separadas. Una de las consecuencias de esto es que los maestros no mueren realmente. Su energía es inmortal, puesto que bebieron agua de la fuente de Jezr. Los maestros que pertenecen a la misma senda (*tariqa*) conforman un linaje vivo (*selsela*) que perdura más allá de su muerte física. La tradición sufi ha conservado numerosas anécdotas de encuentros entre maestros de generaciones pasadas y presentes. Esta comunicación, que desafía a la muerte física, es posible gracias a la unión con Jezr. La Orden Naqshbandi, en particular, es bien conocida por el hecho de que sus enseñanzas se han transmitido independientemente de las conexiones históricas. Cientos de años separan a veces al maestro y al discípulo. El que estos encuentros intemporales puedan tener lugar es el signo distintivo de Jezr. Por obra de Jezr, en la confluencia de lo temporal y de lo intemporal, la comunicación

es vertical más que lineal. Todos los maestros se hacen uno bajo la imagen de Jezr; el maestro y sus enseñanzas se hacen uno bajo la imagen de Jezr.

La tradición sufi distingue un grupo especial de buscadores: el de aquellos cuya *única* conexión con las enseñanzas es a través del mismo Jezr. Se trata de unos pocos sufíes que no tienen un maestro de carne y hueso. Su único maestro, como en el caso de Moisés, es Jezr. Reciben un nombre especial: *owaysiyyun*. Reciben este nombre por Oways al-Qarani, un contemporáneo del Profeta Mohammad que vivía en el Yemen y que, debido a la enfermedad de su madre, no pudo viajar a Medina para unirse a los discípulos del Profeta. Pero tuvo sin embargo una conexión directa con Mohammad. El Profeta dijo que el dulce aroma de Oways se propagaba desde el Yemen a Medina y que, por tanto, sus espíritus habían estado juntos en todo momento. Este tipo de encuentro por el espíritu tiene también lugar en el caso de aquellos maestros cuya conexión con la tradición mística es a través de Jezr.

Para terminar este artículo, he aquí unas anécdotas transmitidas por la tradición sufi. Hablan sobre la especial relación entre Jezr y dos de los primeros místicos: el maestro de Neyshāpur, del siglo XI, Abu Sa'īd Aboljeir y su compatriota, el maestro de Termez, del siglo IX, Hakim Termezi:

Cuando era joven, Abu Sa'īd se impuso un estilo de vida muy austero y ascético. Durante días, vagaba solo por lugares áridos y solitarios. Su padre, que estaba preocupado por él, fue en su busca para llevarle a casa. Y el *sheij*, para complacer al padre, volvió con él. Pero, después de permanecer algunos días, no pudo soportar ya por más tiempo la compañía de los hombres. Se escapó de nuevo y regresó a las montañas y los desiertos. La mayoría de las veces en que la gente de su ciudad, Meyhana, le veía errando por esas zonas remotas, le veían en compañía de un venerable anciano vestido de blanco. Años más tarde, cuando el *sheij* hubo alcanzado su elevado nivel místico, la gente le preguntó: «Oh *sheij*, ¿quién era aquel venera-

ble anciano que te acompañaba en aquellos días en que te vimos?» Abu Sa'id respondió: «Era Jezr, la Paz sea con él». (Adaptado de Munawwar 1992, pp. 93-94)

En su obra *Memorial de los amigos-de-Dios (Tazkerat al-ahiyā')*, Farid ad-Din 'Attār nos cuenta cómo Hakim Termezi, que no fue discípulo de ningún maestro vivo, fue instruido por Jezr:

Termezi deseaba ir con un grupo de amigos que salían de viaje en busca de conocimiento. Pero su madre cayó enferma y, como era viuda, le pidió que se quedara con ella. Lo hizo, pero se quedó muy afligido. Pasó largas horas solo en el cementerio sollozando. Entonces, un anciano luminoso, vestido de blanco, se presentó un día ante él y le dijo: «¿Quieres que te enseñe una lección cada día?»

«Me encantaría», le contestó Termezi.

El anciano le enseñó una lección a Termezi cada día durante tres años. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se trataba de Jezr y que había conseguido esa felicidad porque había cumplido el deseo de su madre. ('Attār 1966 [1979], p. 244)

Esta versión legendaria, contada por el poeta sufí del siglo XIII, no se atiene necesariamente a los datos biográficos, que pueden ser obtenidos de otras fuentes. Su importancia radica en el hecho de que muestra cómo se transmite la enseñanza a través de Jezr cuando no existe conexión física.

La conexión con Jezr alude también a la naturaleza esotérica de la enseñanza mística. Lo que se relata en los libros o se transmite oralmente no es la enseñanza completa. Hay cosas que pertenecen al mundo de lo inefable. Puede intuirse en la historia misteriosa, que incluimos a continuación, cómo Jezr es también el custodio del verdadero aspecto esotérico de la tradición. La cuenta también 'Attār, poniéndola en boca de Abu Bakr Warrāq, supuestamente el discípulo más cercano de Termezi. 'Attār escribe:

Cada domingo... Jezr visitaba a Termezi y hablaban de todo un poco... Un día, Termezi le dio a Abu Bakr muchos de sus escritos para que los tirara al río Oxus. Este los examinó y vio que estaban repletos de sutilezas y verdades místicas. No pudo decidirse a cumplir la instrucción de su maestro y los guardó en su habitación. Cuando volvió, Termezi le preguntó:

«¿Qué has visto?»

«Nada», le respondió Abu Bakr.

«No los has tirado», concluyó Termezi. «Vete y hazlo». ...Regresó y tiró los libros al Oxus. Vio entonces cómo se abría el río y aparecía un cofre abierto. Los libros cayeron dentro de él, la tapa se cerró y el río volvió a su cauce. Abu Bakr estaba atónito.

«¿Los has tirado esta vez?», preguntó Termezi cuando volvió Abu Bakr...

«Maestro, por la gloria de Dios», sollozó Abu Bakr, «dime el secreto que se esconde tras esto».

«Había escrito algo sobre el conocimiento místico cuyo desvelamiento era difícil de entender para la mente humana», respondió. «Mi hermano Jezr me persuadió. El cofre, atendiendo a su demanda, fue llevado por un pez y Dios Todopoderoso ordenó al agua que lo llevara ante Él». (Ibid., pp. 245-46)



Notas:

1.- Parte de la información contenida en los párrafos siguientes ha sido extraída del artículo «al Khadir» de la *Shorter Encyclopedia of Islam*, (1974), E.J. Brill: Leiden, pp. 232 y ss. y de S. Dalley, trad. (1989)

2.- No es necesario decir que este intento de identificar a Jezr es únicamente uno entre muchos: para otras interpretaciones véase *Shorter Encyclopedia of Islam*, art. cit.

3.- No está clara la conexión entre este atributo de Jezr y Zol-Nun, el famoso místico egipcio del siglo IX, pero merece la pena indicarlo. Es también interesante señalar que el nombre del sirviente de Moisés es Joshua ben Nun.

4.- *Mashkel goshā* es una expresión persa que significa «eliminador de obstáculos». Se ha

convertido en uno de los atributos del Polo (*qalb*) cuya energía, que emana de la Gracia divina, elimina todos los obstáculos que encuentra en la senda el buscador sincero. Se supone que cada generación tiene su propio *mashkel goshā*.

5.- Pobreza, necesidad, falta es *faqr* en árabe, palabra de la que deriva *faqir*, un atributo del sufí que vive en la necesidad total del Amado.

6.- Una de las muchas palabras para lluvia en árabe es *qawṣ*, que significa literalmente ayuda, rescate, el que rescata. *Qawṣ* es un atributo del maestro espiritual y del Polo.

7.- «Muere antes de morir» es una antigua tradición sufí que se remonta al Profeta Mohammad. Ver A. Schimmel (1975)



Referencias

—Arberry, A.J. 1964. *The Koran Interpreted*. Oxford University Press.

—'Attār, 1966 (1979). *Muslim Saints and Mystics: Episodes from the Tadhkirat al-anbiya'*. Editado y traducido por A. J. Arberry. Londres: Routledge and Kegan Paul.

—Dalley, S. trad. 1989. *Myths from Mesopotamia*. The World's Classics, Oxford University Press.

—Hafiz. 1987. *Dance of Life*. Washington, D.C.: Mage Publishers.

—Ibn Munawwar, M. 1992. *The secrets of God's Mystical Oneness*. Traducido y anotado por J. O'Kane. Costa Mesa y Nueva York: Mazda Publishers.

—Rumi. 1930 (1982). *Mathnawi*. Traducido por R. A. Nicholson. Londres: E. J. W. Gibb Memorial Trust.

—Schimmel, A. 1975. *Mystical dimensions of Islam*. Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press.

—Tweedie, I. 1986. *Daughter of Fire*. Inverness, Cal.: The Golden Sufi Center Publishing.

